

694534

Gabriela y Pablo

Marino Muñoz Lagos

Cada 10 de diciembre se entrega en Estocolmo el Premio Nobel de Literatura. Y esta fecha es una ocasión ilustre para las letras nacionales, porque en ella lo recibieron nuestros compatriotas Gabriela Mistral y Pablo Neruda, ambos ya muertos, pero eternamente vivos en el corazón de los chilenos. La maestra elquina lo obtuvo en 1945 y el bardo parralino en 1971. Doble consagración para estos magníficos valores de nuestra nutricia fortuna poética, que a través del Premio Nobel de Literatura han hecho de nuestro país una suerte de talismán para el buen uso del idioma y su mejor enriquecimiento en la buena poesía.

Gabriela Mistral es de lugares secos, allí donde el sol golpea fuerte sobre la tierra sedienta de aguaceros. Su Valle del Elqui se enroda entre minerales y huertillos que despiertan el apetito de aventura y hacen de sus hombres unos entes callados que sólo miran hacia los distantes horizontes, en pos de la veta de oro o plata, o simplemente, el trozo de tierra que albergará sus sueños. Tierra de soles amarillos, permanentes, dignos de la claridad de sus cielos, donde falta el jirón de nubes que apurará la tímida camanchaca.

Pablo Neruda, en cambio, es hijo de las lluvias generosas del sur. Nacido en pleno invierno, Paital acunó sus días iniciales para sumergirse tiempo después en los furiosos temporales de Temuco. Aquí la lluvia cae por toneladas y las noches son largas en el estruendo de sus calaratas, en los ríos incontrolables que bajan desde la cordillera con sus remolinos y oleajes. Todo un inmenso labrantío que la espiga condecora con el olor del pan en las mañanas, mientras las nubes pasan con sus cargamentos oscuros, presagio de otra lluvia interminable.

Gabriela Mistral es de los territorios del pisco y el pajarete. En estos lugares se prueba un vino dulce transparente, producto de unas uvas doradas por el sol de todos los días. En todas las casas de la comarca se fabrican estos vinos endiosados por el buen gusto, que llaman a rebato frecuentes repeticiones. Es la gracia de la luz que se transparenta en los caldos.

Pablo Neruda, al contrario, es de los viñedos caprichosos que dan a la fama popular un vino áspero, de aspecto turbio. Es el garboso pipetío que pasea su estirpe por los mesones de cuanto pueblo o ciudad existe a la orilla de los caminos o de las líneas ferroviarias. Los tíos palermos de Neruda fabricaban este vino en los alrededores de Parral. No tuvieron éxito en su empresa.

Sin embargo, no busquemos diferencias en cuanto se trate de Gabriela y Pablo. Hay otras cosas más bellas que los unen impajaritablemente. Por ejemplo, esa tarea cautivante de vagar por el mundo sembrando poesía. Como buenos hortelanos de este país del sur del planeta, supieron administrar los bienes de sus versos en libros que conocen los niños y los ancianos de sabiduría venerable. Ambos salieron de su patria para darla a conocer por el mundo, proclamando a los cuatro vientos la finura y el largor de su geografía. El padre de Gabriela era un simpático y talentoso maestro primario que vagaba por nuestro Norte Verde con una guitarra al brazo y dos atrayentes ojos verdes. El padre de Pablo era conductor de trenes y en sus vagabundajes se conocía como las palmas de sus manos los territorios del sur chileno, donde crecen las lluvias y los alhelios. De allí los pasos caminadores de Gabriela y de Pablo.

10-XII-1984 p. 3.
Cruza Antel, Junta Ocreud,

Gabriela y Pablo [artículo] Marino Muñoz Lagos.

Libros y documentos

AUTORÍA

Muñoz Lagos, Marino, 1925-2017

FECHA DE PUBLICACIÓN

1984

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Gabriela y Pablo [artículo] Marino Muñoz Lagos.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile